



LASA BERGARA, Xabier
Begi Kolpea: Teodoro
Hernandorenaren biografia

Zizurkil: Manuel Larramendi Kultur
 Bazkuna, 2008.
 1.290 or. : ir. ; 22 cm.
 ISBN: 978-84-922113-7-1

El dramaturgo español A. Buero Vallejo (1916-2000), “Premio Cervantes” en 1986, publicó en 1958 un libro cuyo título “Un soñador para un pueblo” podría valer también para encabezar esta reseña que resume la vida y “milagros” del biografiado vasco Teodoro Hernandorena (1898-1994). El autor del libro reseñado, X. Lasa, ha optado por el novedoso título “Begi kolpea” (el golpe de vista) que aparece repetido, en varias ocasiones, en esta voluminosa obra de 1290 páginas. A medida que el lector vaya discurriendo por este frondoso bosque literario, irá comprendiendo mejor la significación del mencionado título que pretende sintetizar la personalidad del biografiado, resaltando su celeridad de reflejos, su intuición y la determinación innatas que mostraba este hombre de acción. La falta de corpulencia –en una época llegó a pesar 50 kilos– de este longevo guipuzcoano de 96 años, nacido en el pueblecito de Zizurkil (localidad de 100 habitantes en 1898) contrasta con el amplio y diverso abanico de actividades en que tomó parte.

Esta extensa obra comprende 14 capítulos (algunos de ellos muy largos); un breve pero interesante epílogo: “Azken solasa” (págs. 1143-1155) en el que se condensa el contenido del libro; 4 apéndices (págs. 1157-1256) entre los que destacaríamos el tercero, por la larga lista de 16 revistas en las que tomaba parte el biografiado. El autor concluye su trabajo con una bibliografía y un detallado índice onomástico que guiará al lector en medio de este arsenal inagotable de información cultural sobre Euskal Herria.

Entre los 14 artículos de que consta este libro destacan por su extensión y la interesante información, el tercer capítulo “Eragile politikoa II. Errepublikan” compuesto de 263 páginas (123-386) y el capítulo onceavo “Bertso eragile...” de 128 páginas (767-895), dedicados respectivamente a la política y cultura vascas durante la II República (1931-1936), y a la importante labor de promoción de los bertsolaris o vates vascos, llevada a cabo por T. Hernandorena, sobre todo, durante los años de exilio en Euskal Herria continental. En ese tercer capítulo precisamente, X. Lasa nos ofrece la mejor definición del biografiado al afirmar que no era un político profesional sino un gran propagandista cultural, a la vez que describe sus cualidades: “ausardia, kemena, umorea, odol-beroa, hizjaritasuna, etorria, herri-koitasuna, apaindura estilistikorik gabeko hizkera zuzena, fedea pentsatu eta esaten zuenarengan, konbikzioa ahozkeran eta hizkeran...” (p. 165).

Resultará también interesante especialmente para los amantes de la pelota vasca en la modalidad del remonte, la vasta información del capítulo catorce (págs. 1047-1143), escrita por un defensor acérrimo que lo practicó hasta los 65 años llegando a ser campeón de Gipuzkoa en 1926: “...errebotea izan zuen Teodorok maitatuena, hasiera-hasieratik”, (p. 1052). Llamará también, sin duda alguna, la atención del lector el capítulo doce (págs. 897-991) en el que se muestra su amplia producción como articulista en revistas como *El Bidasoa* y el interés del biografiado por los temas relacionados con la cultura vasca, sobre todo, con el euskara: la conveniencia y el modo adecuado para lograr la unificación del vascuence; la controversia sobre el uso de la letra “H” y el purismo lexical de entonces contrapuesto al “mordollokeria” o excesivo uso de palabras extrañas en el euskara.

En el capítulo primero hallamos muchos datos acerca de una biografía sorprendente: "Biografía harrigarri baten zertzeladak", p. 33. Nuestro biografiado nació el 6 de noviembre de 1898 en la casa consistorial de Zizurkil (Gipuzkoa) y fue bautizado con los nombres de Teodoro Godofredo; años más tarde, renegaré de ellos con ironía y cierto humor: "Hauk ez ziren Zizurkil batean jartzeko izenak! (Estos no eran nombres apropiados para un pueblo como Zizurkil), p. 33. A los 10 años, ingresó en el Seminario Menor de Andoain (Gipuzkoa) donde cursó los dos primeros años de Humanidades por imperativo paterno (1908-1911), pasando más tarde al Seminario de Vitoria en el que hizo tres años de Filosofía y uno de Teología (1911-1915). Sus comentarios sobre el ambiente integrista y conservador (desconocido para muchos) que se respiraba en este centro donde enseñaba el joven profesor J.M. Barandiaran, podrían resultar interesantes para los seguidores de la obra del sabio de Ataun: "Gasteizko seminarioan denok karlista eta integrista sentitzen ginen"... (p. 123). Finalmente contraviniendo las órdenes de su padre, T. Hernandorena abandonó el Seminario por lo que fue severamente castigado y tuvo que huir del hogar familiar hallando refugio precisamente en el mencionado pueblo guipuzcoano.

En 1917, comenzó la carrera de Veterinaria (1917-1919) matriculándose en las universidades de Zaragoza y Barcelona, pasando luego al hospital de Basurto (Bilbao) y finalmente a la Universidad de Madrid donde en dos años pudo obtener el diploma de Odontología. En la capital aragonesa fue desprendiéndose del lastre carlista de los años de Vitoria para ir asimilando las nuevas ideas sobre la cultura vasca, y en Basurto se introdujo en la política vasca, merced a la influencia de los colegas y amigos como A. Irigarai y J. Garate. En 1925, el joven médico de 25 años consigue plaza de médico dentista en Villabona (Gipuzkoa) y ejerce con éxito su profesión. El 10 de enero de 1929 contrae matrimonio con la joven M^a Mercedes Albea y en quince años ven aumentarse la familia con nueve vástagos.

Entre 1917 y 1936, se compromete cultural y políticamente en favor de su pequeña nación; comienza por abandonar el ideario carlista vivido en el Seminario de Vitoria para afiliarse al EAJ-PNV en el que llegará a ser presidente de *Euzko Gaztedi* de Donostia y del *Gipuzku Buru Batzar* militando en las filas del partido creado por S. de Arana. Especialmente durante los años de la II República (1931-1936), trabaja incansablemente en favor de su Partido junto al singular cura *Aitzol*: "...apaiz nekaezinaren aldamenean jardun zuen", (p. 57). Este compromiso le introduce en el mundo cultural y político vasco, entablando así estrecha relación con hombres destacados en esos campos como "Lauaxeta", J. Zubimendi, J. Arzaluz *Luzear*, J. A. Agirre, J. M^a Leizaola, M. Irujo, T. Monzón, J. Rezola y J. M^a Lasarte.

El estallido de la Guerra Civil española le obligó a huir con la familia y refugiarse en el Estado francés donde permanecerán durante treinta años (1936-1966). Se instalan en Sara donde Teodoro ejerce de dentista y puede dedicarse a sus entrañables aficiones: la pelota, el bertsolarismo y la política. Entre sus preocupaciones más acuciantes destacan los 5.000 refugiados vascos que malviven en Las Landas y los 7.000 que permanecen en el campo de concentración de Gurs (Bearn-Francia); presta también ayuda a otros refugiados como J. M. Barandiaran, A. M^a. Labayen, R. Laborda, etc. A través de la amistad entablada con Mons. Feltin (obispo de Burdeos y futuro Cardenal de París) y Mons. Mathieu (obispo de Dax y gran amigo de los vascos) coopera con "La Liga Internacional de los Amigos Vascos" en la que toman parte destacados intelectuales, políticos y eclesiásticos franceses como F. Mauriac (premio Nobel de Literatura en 1952 y el filósofo J. Maritain; el socialista E. Herriot; los Cardenales J. Verdier, Lienard y el arzobispo de Malinas (Bélgica) Van Roey. Entre las diversas áreas del atareado Dr. Hernandorena se hallan también el campo cultural y artístico vasco en el que colabora con el orfeón vasco "Eresoinka" y con grupo de danzas "Elai-Alai" del guerniqués S. Olaeta.

El 3 de septiembre de 1939 estalla la II Guerra Mundial (1939-1945) y el 22 de junio de 1940 las tropas de Hitler ocupan el País Vasco continental sembrando muerte y sufrimiento entre los refugiados vascos. Años más tarde, a las numerosas calamidades del exilio se le sumó el paro laboral. En 1956, Teodoro y su familia (esposa y 8 hijos en aquel momento) deciden marcharse a París donde él podrá ejercer la medicina durante casi una

década en el dispensario “Cervantes”. Por fin en 1966, vuelven definitivamente a Hondarribia (Gipuzkoa) donde vivirá otros 25 años. En 1992 recibió el homenaje de la Asociación de Bertsolaris junto a E. Larre y M. Izeta, por su labor realizada en Iparralde en la promoción de los vates vascos y de la literatura oral *euskaldun*. Falleció el 9 de noviembre de 1994, a los 96 años de edad en el hospital de Donibane Loizun (Lapurdi).

Este introductorio y largo artículo finaliza con un apartado interesante “Ekintza intelektualera emana”, en el que nuestro biografiado se muestra como empedernido lector y prolífico escritor en diversos diarios y revistas nacionales e internacionales: *La Voz de España, El Diario Vasco, Hoja del Lunes, Aránzazu, Goiz-Argi, Triunfo, Índice, The Times, New York Times, Washington Post, Newsweek, Le Monde, La Croix, Paris-Match, L'Express, La Gazette del Popolo y Foego Garcedo* (Brasil). Su interés se centraba especialmente en los temas y personajes relacionados con la religión, cultura, política y sociedad: F. de Vitoria, P. Arrupe, Helder Cámara, Silva Hernández, P. Neruda, M.A. Asturias, Graham Green, S. Allende, A. Pinochet, R. Debray, etc.

Los capítulos segundo y tercero “Abertzaletasunaren jatorria eta garapena” (Origen y desarrollo del Nacionalismo) y “Eragile politikoa Errepublikan” (Agente político en la República) abarcan un largo período histórico que arranca desde las guerras carlistas del siglo XIX (1833-1839, 1872-1876) y finaliza con la II República Española en 1936; un siglo entero con dos guerras y una dictadura que marcaron el devenir histórico y cultural de Euskal Herria. El lector quedará sorprendido por la abundante y exacta información que el autor le ofrece sobre este siglo convulso; a veces, tendrá incluso la sensación de que está leyendo un interesante libro de historia: Fernando VII, su hija Isabel II, el 25 de octubre de 1839 (primera abolición de los Fueros Vascos), el 21 de julio de 1876 (punto final de estas libertades), Cánovas del Castillo, los Concierptos Económicos, etc. Se combinan bien los datos políticos con los culturales, mediante referencias a la literatura romántica y fuerista (P. Larramendi, P. Astarloa, A. Xaho, F. Navarro Villoslada, A. Campián) así como a algunos escritores de la llamada “Generación del 98” (el vizcaíno M. de Unamuno, el guipuzcoano P. Baroja y el alavés R. de Maeztu). Otro tanto podríamos decir acerca del esmero del autor en proporcionar una información detallada de instituciones y personajes políticos: E.A.J.-P.N.V., Compañía Nacionalista, A.N.V., Asociación Euskalerra, Aberri, Jagi-Jagi, E.K.I.N.; S. de Arana, A. Ortueta, R. Sota, L. Arana, S. Meabe, E. Gallastegi *Gudari*, etc.

Tras la dictadura militar de siete años (1923-1930) del general M. Primo de Rivera, que finaliza el 28 de enero de 1930, le sucede el general Berenguer que será desplazado por el advenimiento de la II República, el 14 de abril de 1931. Después de ofrecer unos breves datos sobre estos acontecimientos políticos, el autor retoma de nuevo el hilo de los eventos culturales comenzando por los Juegos Florales de A. Abbadie (1853), la “Asociación Eúskara de Navarra” (1877) con su revista *Eúskara* (A. Campián, J. Iturralde, H. de Oloriz, J. Altadill); J. de Manterola y el “Consistorio de los Juegos Florales Euskaros de Guipúzcoa” en Donostia (1880); la prestigiosa revista *R.I.E.V.* (1907-1936) de J. de Urquijo; la revista mensual *Euskal Esnalea* (1907-1931); la “Academia de Declamación” de Donostia dirigida por Toribio Alzaga (1914); Eusko Ikaskuntza-Sociedad de Estudios vascos (Oñate, 1918); Euskaltzaindia-Real Academia de la Lengua Vasca con su revista *Euskera* (1919); el semanario *Argia* (1920-1936); la Asociación “Euskaltzaleak” (1927) bajo la tutela de *Aitzol*, M. Urreta (presidente) *Lizardi* (vicepresidente), A. Arzelus *Luzear* (secretario); el diario *El Día* (*Aitzol*, P. Montoya, *Orixé, Jautarkol*, A. Anabitarte, etc.) y la revista *Yakintza* (*Aitzol*).

En el extenso capítulo tercero, nuestro biografiado aparece descrito como agente y promotor del nacionalismo en el interesante período de la República (1931-1936). En una época en la que todo estaba por hacer tras el vendaval dictatorial de Primo de Rivera: “Dena zegoen egiteko kulturán, politikan, gizartean...” (p. 158), T. Hernandorena se dio a conocer como un propagandista activo y un fogoso orador -tanto en euskara como en castellano- al servicio de su partido E.A.J.-P.N.V. El autor contabiliza unas 110 conferencias, mítines y charlas (págs. 180-239) que el doctor Hernandorena impartió en el País Vasco, especialmente en su provincia natal.

Además, su interés político no se limitó a Euskal Herria sino que se extendió a Galicia y Cataluña poniéndose en contacto, a través de la asociación Galeuzca, con destacadas personalidades como R. de Castro, F. Cambó, F. Macià, L. Companys, J. Tarradella. Incluso viajó a Irlanda (Valera, “Sinn Féin”) y Latino América (Uruguay y Argentina). Precisamente en el “Centro Vasco” de Rosario pudo reunirse con 25 jóvenes emigrados de su pueblecito, lo cual nos hace entrever la fuerza del fenómeno migratorio vasco de aquellos años.

En otro orden de cosas, es curioso y revelador el incidente ocurrido (a raíz de unos cantos populares cantados en euskara por T. Hernandezorena y un grupo de vascos) entre nuestro biografiado y L. Eijo Garay (antiguo obispo de Vitoria y, a la sazón, obispo de Madrid), con ocasión del Congreso Eucarístico de Buenos Aires. En opinión del prelado madrileño: “¡La música es muy bonita pero la letra es un asco!”.

El autor finaliza este tercer capítulo describiendo los cuatro primeros “Aberri Eguna” que se celebraron en el País Vasco peninsular: Bilbao (1932), Donostia (1933), Gasteiz (1934) e Iruñea (1935).

En los capítulos IV, V y VI se describe la labor llevada a cabo por T. Hernandezorena como propagandista y colaborador de *Aitzol* durante los años de la II República en los campos de la radio, el cine y la prensa deportiva. En el Renacimiento Vasco - Eusko Pizkundea promovido por este cura de Tolosa, el médico guipuzcoano fue una pieza clave por su dinamismo, valentía y entrega en favor de la cultura vasca. Las creencias religiosas no le impidieron disentir de las condenas de su obispo M. Múgica contra el cine (págs. 479-483) y participó en la realización del film *Euzkadi*. Colaboró también en el nacimiento de *El Día* (1930) en el que escribía sobre temas deportivos con el seudónimo de *Irrintzi*.

Los capítulos VII y XI están dedicados al bertsolarismo. Aunque hemos hecho ya una mención sobre esta expresión literaria en la parte introductoria, permitásemos ahondar más en ello, pues acaparó la atención de nuestro biografiado durante varias décadas de su vida. Durante el período de la II República colaboró activamente en la celebración de las famosas *txapelketak* de los años 1935 y 1936 como lo atestigua la clásica fotografía (nº 47, XXVI) en la que aparece junto a *Txirrita*, *Basarri*, *Aitzol*, etc. En una época en la que esta expresión literaria era considerada como “una enorme colección de groserías y simplezas” (p. 573) por algunos eruditos vascos como C. Etxegarai, el joven Hernandezorena se unió al grupo de *Aitzol*, M. Lekuona, J. Zubimendi, A. Arzelus *Luzear*, T. Monzón, J. Olaizola, etc.

La Guerra Civil española (tumba de muchos anhelos culturales vascos) no logró erradicar su inveterada afición al bertsolarismo y continuó promoviendo en el exilio acompañado de su numerosa prole; aquel “buscador de perlas” visitaba remotos caseríos de Iparralde donde vivían jóvenes vates vascos desconocidos hasta entonces en las plazas públicas: *Xalbador*, *Mattin*, etc. Llegó a organizar 27 actuaciones bertsolarísticas en distintos pueblos como Donibane Lohizun, Hazparne, Ezpeleta, Sara, Baigorri, etc.; más aún, consiguió celebrar estas actuaciones en la *Euskal Etxea* de París con destacados vates como *Basarri*, *Uztapide*, *Xalbador*, *Mattin*, B. Enbeita, J. Mitxelena, J. Azpillaga, etc.

En el capítulo octavo hallamos dos apartados dignos de consideración: “Aitzolekin bitartekaritza lanetan” (págs. 609-613) en los que se narra la aventura y el riesgo al que se expusieron *Aitzol* y Hernandezorena al intentar con los Carlistas en Navarra un alto el fuego en la Guerra Civil. Estos hechos que fueron narrados en 1988 por M. Ugalde podrían ofrecer un material idóneo para la realización de un interesante film sobre la Guerra Civil. Además, el apartado cuarto del capítulo VIII titulado “Joxe Artetxe, polemikak ukitutako adiskidea” (1906-1871) es también sumamente interesante por tratarse de un personaje muy controvertido especialmente en Gipuzkoa (págs. 650-661). Su pasado político de relevante personalidad dentro del nacionalismo vasco, la abundante producción literaria en la que destaca su último libro *El abrazo de los muertos* (1970), la “metamorfosis” política que se operó en él tras “El Glorioso Alzamiento Nacional” de los sublevados franquistas, la ausencia de la mínima condena del bombardeo de Gernika en sus escritos durante 34 años, etc. provocaron, especialmente en la juventud vasca, una fuerte reacción contra él; algunos le tildaron incluso de cobarde y traidor a la patria vasca. T. Hernandezorena mostró públicamente

su admiración por la calidad literaria del escritor de Azpeitia, puntualizando, sin embargo, que ello no significaba un acuerdo total en el terreno ideológico. En cualquier caso, fue comprensivo con el drama humano, familiar y personal que este “cambio de vagón político sobre la marcha” supuso en el resto de la vida de su compañero.

En el capítulo XII se analiza su largo recorrido como escritor articulista, destacando los trabajos relativos al futuro del euskara, la unificación del vascuence y la letra H. Finaliza este artículo con un apartado interesante titulado “Unamuno eta Teodoro” en el que el doctor guipuzcoano se muestra cercano al pensador vizcaíno, a pesar de algunas de sus afirmaciones que hirieron los sentimientos de muchos vascos. Le dolían las “profecías de mal agüero” unamunianas sobre el devenir del euskara, y sus numerosas afirmaciones intentando probar que la lengua vasca estaba condenada a desaparecer irremisiblemente porque no era capaz de reflejar ni los conceptos abstractos ni la vida moderna. A pesar de ello, apreciaba su talante provocador, llegando a afirmar - como G. Aresti - que había muchos prejuicios contra el pensador bilbaíno. Por ello respeta y alaba su forma de pensar, concluyendo en que Unamuno fue beneficioso para el euskara: “*Neri partikulazki (sic) errespetagarri ez ezik guztiz aintzagarri deritzait Unamuno...*” (p. 982).

Concluamos esta breve reseña con el capítulo XIII en el que T. Hernandez se expone extensamente sobre temas controvertidos de la política vasca: Nafarroa, la tortura, la última escisión del P.N.V. Garaikoetxea, etc. La sangre navarra que corría por sus venas, el espíritu de rebeldía que conservó siempre (“*Ni ez naiz jaio inoren mende egoteko*”) y el aire fresco que soplaba en Euskal Herria desde la primavera del 68 (p. 1037-1039) ayudaron a mantenerse enraizado en su tierra vasca a este árbol de 96 años. Fue fiel a su partido, *jelkide* muy activo, a pesar de innumerables discrepancias porque amó por encima de todo, la libertad.

Nuestra estimación de esta obra es muy alta, entre otras razones, porque se convierte en un arsenal inagotable de información contrastada acerca de la cultura y política de Euskal Herria del s. XX. Como posibles temas de discusión presentamos dos puntos que nos parecen inexactos. En la página 67 en lugar de “Santiago” Onaindia debe aparecer el nombre del ilustre canónigo marqués Alberto Onaindia y en la página 738 se afirma que el libro *Euskaldunak* de Orix se publicó en 1949, cuando en realidad se publicó al año siguiente.

Gorka Aulestia